

El desafío de la desesperanza

Joan Chittister: *Entre la oscuridad y la luz del día*



Cuando los primeros autores espirituales se plantearon qué hacía falta para que una persona avanzara en la vida espiritual, no propusieron un programa de austeridades. No hicieron de los ejercicios físicos el centro de la vida espiritual. A quienes acudían en busca de sabiduría no les recomendaban programas de riguroso ayuno, noches en vela ni grandes penitencias. En lugar de ello, recomendaban algo mucho más complicado: profundos ejercicios de conciencia interna.

Pidieron que sus discípulos dedicasen menos tiempo a felicitarse por las metas de santidad que habían alcanzado realizando ejercicios religiosos y que se entregaran a la disciplina del autoconocimiento, mucho más compleja. Se enseñaba a los discípulos a identificar en su interior los espíritus que coloreaban sus vidas, regían sus deseos y conmovían sus corazones. Era el gran acto purificador de ser capaz de admitir, ante uno mismo al menos, qué era lo que anhelaba el alma y, por lo tanto, qué era lo que impedía aceptar lo bueno del lugar de cada uno en la vida.

Luego fue cuestión de superar los impulsos negativos de nuestro interior para que el espíritu de la alegría de vivir en Dios pudiera relevarlos y entregarles la plenitud de vida que anhelaban. Estos monjes, estas personas verdaderamente espirituales, no eran almas resentidas. Tampoco enseñaban que la vida espiritual fuera una amarga empresa. Ellos, más que nadie, por haberse enfrentado a los rigores del seco y adusto desierto, sabían que una vida sana y santa radicaba en el control personal de uno mismo. No estamos a merced del entorno.

Y lo más interesante: en todas las épocas, la vida, la medicina y la psicología han demostrado la verdad de esta sabiduría. Seres humanos procedentes de todos los lugares han trascendido toda forma de dolor. Los parapléjicos hablan de la felicidad. Las víctimas del Holocausto dicen haber encontrado a Dios en los campos de concentración. Las personas que viven en la pobreza insisten en que también ellos encuentran cosas buenas, esperanza y disfrute, a pesar de la penuria de sus circunstancias.

Al mismo tiempo, hay personas que gozan de mucha salud, que tienen garantizada la libertad política y que llevan vidas cómodas y estables, pero que, a pesar de ello, dicen experimentar desesperanza y describen sus vidas como vividas en la desesperación. Querer más de lo necesario, buscar alturas más allá de nuestras capacidades personales para conseguirlas, vivir en un estado de insatisfacción perpetua con la vida en general, así como con la vida en concreto, no es una aspiración sana: es el semillero de la desesperanza.

Con toda seguridad, la desesperanza tiene al menos tanto que ver con lo que aportamos a la vida como con lo que la vida nos aporta. Un gran dolor no disminuye la esperanza, y una gran oportunidad no la asegura. La desesperanza rutinaria, el hastío, el desinterés o la desconfianza de uno mismo se deben a nuestra incapacidad para tomar las riendas del mundo. Por pequeño que sea. Por grande que parezca. La desesperanza es una depresión espiritual. Es la vida inmóvil, sin energía, sin propósito. Es la vida vivida sin un sentido de la responsabilidad para con el resto del mundo, y no digamos ya para con nosotros mismos.

Lo que engendra la desesperanza es el fracaso a la hora de perseguir lo posible en lo imperfecto. Son precisamente esos ánimos negativos que no nos dejan dormir de noche, hasta que afrontamos lo que no tenemos valor para hacer, para ser, para pensar. En Paraguay, un maestro de música enseñó a los niños a

fabricar instrumentos musicales con el cristal, la hojalata y el acero de un vertedero, y la vida cambió para aquellos niños. En Harlem, la esperanza surgió del baloncesto que se jugaba en la calle.

En la vida en general, la esperanza radica en tomar lo que tenemos --dinero para los que lo tienen hasta aburrir, educación para los pobres aburridos— y usar cada latido para convertirlo en algo que valga la pena. Se nos pide que percibamos las características de la vida que estamos llamados a vivir y que definamos cuanto nos costará aceptarlas.

El desafío de la desesperanza es el desafío de volver a entrar en la raza humana, incidir en ella, sabiendo que es responsabilidad nuestra darle forma a la vida tal como la conocemos, para que la vida nos dé forma a nosotros. Nos hace entender que la mala suerte no es un fracaso. Como mucho, es tan solo una digresión a través de la vida, cuyo fin es que reconsideremos nuestro rumbo, nuestros objetivos, nuestras aspiraciones.

La paradoja de la desesperanza es que nos invita a levantarnos y a seguir adelante. A pesar de las dificultades, a pesar de la implacabilidad del ejercicio, a pesar de los intervalos sin viento de la vida, la desesperanza nos llama a intentarlo de nuevo, a probar con algo distinto, si es necesario, pero al menos a intentarlo. La desesperanza nos incita a ir más allá de lo que estimamos como nuestra opción de éxito. Al fin y al cabo, ¿quién no sabe intuitivamente que, si no lo intentamos, no hay manera de fracasar?

Quizá lo más importante sea la posibilidad de que la desesperanza sea un síntoma de habernos metido en una situación demasiado difícil, demasiado ajena a nuestras personalidades o demasiado desvinculada de quienes sabemos que somos en realidad como para salir airosos de ella. Es en momentos así cuando la desesperanza nos devuelve a la plenitud del yo y nos aparta de alturas que no estamos llamados a escalar.

Al mismo tiempo, la desesperanza puede ser más una falta de compromiso que una falta de capacidad. Nos devuelve a nuestros sueños y a nuestra decisión de convertirlos en realidad. Así pues, es una llamada a seguir adelante, no a detenernos y a morirnos de aburrimiento. A Albert Einstein tampoco le gustaba su trabajo en la oficina de patentes. Lo cual no impidió realizarlo. Se limitó a quedarse donde estaba, pero completaba el resto de sus días haciendo aquello para lo que había nacido. Aparte. Como un añadido. A deshoras. Cuando podía.

La desesperanza nos invita a aprender a hacer aquello para lo que hemos nacido, y no solo a renunciar a lo irrenunciable. Aun cuando con ello dediquemos el tiempo a hacer alguna cosa cuando, en realidad, querríamos dedicárselo a otra: problemas de matemáticas, como Einstein, por ejemplo; entrenar a un equipo juvenil, como el tío favorito de todo el mundo. Significa acudir a otro lugar si es necesario, pero siempre a una situación en la que lo que sé hacer tenga que hacerse. No es una invitación a ocupar un puesto de trabajo. Es una invitación a invertir la vida en lo que mejor se me da, sea lo que sea, en las horas de trabajo o fuera de ellas. Al fin y al cabo, Einstein realizó la mayor parte de sus primeros trabajos revolucionarios durante los años que pasó buscando una plaza en la universidad. Aceptaba cualquier trabajo que se le ofrecía y, mientras tanto, continuaba con el trabajo de matemáticas que le fascinaba. Así aquello compensaba todo lo que no podía hacer. Era feliz.

Cuando conciliemos la capacidad de hacer lo que nos gusta con el cumplimiento de nuestro deber, se desvanecerá la niebla de la desesperanza. Entonces podremos vivir con la máxima energía y la felicidad más extrema, por muy limitados que sean nuestros recursos, por escasos que sean los consuelos que tengamos. Entonces los espíritus de la oscuridad y de la fatalidad se esfumarán, los sentimientos de desesperanza desaparecerán. Entonces comenzará la vida de verdad.

«Florece allí donde te planten», dice un poster. Sin embargo, el poster no lo explica todo: «plántate allí donde sepas que puedes florecer» podría ser el poster que todos necesitáramos. O, mejor incluso: «labra el suelo árido durante el tiempo que haga falta hasta que algo que te llene logre, al fin, que florezca el desierto de tu interior».